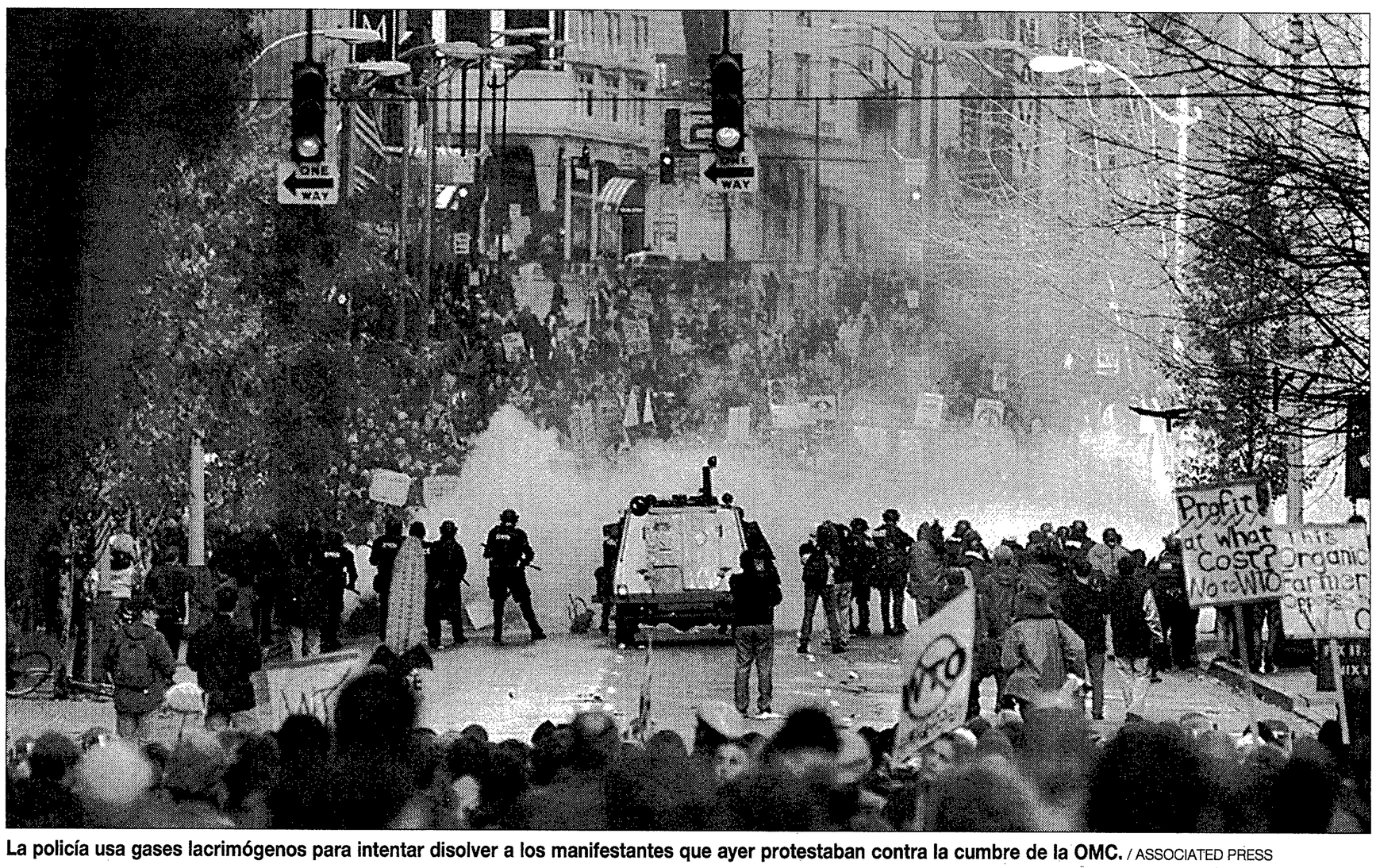
EL FUTURO DEL COMERCIO MUNDIAL. La Ronda del Milenio, considerada una auténtica batalla por el comercio mundial del siglo XXI, arrancó ayer en Seattle con un duro enfrentamiento en las calles de esta ciudad estadounidense entre la policía y decenas de miles de manifestantes que acusan a la Organización Mundial del Comercio (OMC) de empobrecer a las naciones más desfavorecidas y alentar todo tipo de abusos económicos y laborales. Mientras las protestas ocupaban las calles, las principales potencias comerciales, la Unión Europea, EE UU y Japón, negociaban alianzas de cara a las discusiones que se avecinan. Bruselas se aseguró el apoyo de los países del Este de Europa.



La policía usa gases lacrimógenos para intentar disolver a los manifestantes que ayer protestaban contra la cumbre de la OMC. / ASSOCIATED PRESS

Balas de goma, botes de humo y decenas de detenciones convierten Seattle en una batalla campal

Unos 20.000 manifestantes desbordan a la policía y retrasan 5 horas la cumbre de la OMC

JAVIER VALENZUELA, **Seattle**
ENVIADO ESPECIAL

Con una furia, una insistencia y un colorido que recordaban el Mayo del 68 francés o las protestas norteamericanas contra la guerra de Vietnam, decenas de miles de manifestantes cercaron ayer por completo el Centro de Convenciones de Seattle y lograron retrasar cinco horas el comienzo de la cumbre ministerial de la Organización Mundial de Comercio (OMC), prevista para la mañana de ayer (hora local). No hubo ceremonia inaugural pero el director general de la OMC, Mike Moore, anunció por la tarde que "ha habido una comida de trabajo con todos los ministros y los grupos negociadores están en plena actividad".

Era una disparatada coalición de jóvenes y maduros, norteamericanos, franceses y asiáticos, ecologistas y sindicalistas, anarquistas y nacionalistas, cuyo sentimiento común estaba resumido en la pancarta que lucía una chica vestida como una hippie de Woodstock: "Abajo Babilonia".

Los manifestantes empezaron siendo unos centenares en la madrugada y, mediada la mañana, con el refuerzo de los sindicalistas, llegaron a ser unos 20.000. Para todos ellos la OMC es la Babilonia del final del segundo milenio, una especie de siniestra organización de rostro anónimo convertida en el motor de una globalización que sólo favorece a las grandes empresas multinacionales.

Y que, según decían sus panfletos y pancartas, perjudica a todo lo demás: los pescadores españoles, los agricultores franceses, las tortugas y los delfines, los trabajadores industriales norteamericanos, los niños esclavos de Asia, los bosques tropicales...

Cientos, miles de policías uniformados de negro pugnaban por oponerse a la variopinta y enfebrecida muchedumbre. Iban a pie y a caballo, con granadas lacrimógenas, máscaras de gas, bastones eléctricos y de madera y armas de fuego cortas y largas. En los momentos de mayor pulso con los opositores a la OMC, los policías destacaban de sus filas falanges de agentes disfrazados como el personaje cinematográfico *RoboCop,* con cascos de diseño futurista, chalecos antibalas y botas reforzadas.

Con los opositores a la OMC dueños de las calles, los delegados de los 135 países miembros no pudieron acudir a la ceremonia de inauguración, prevista en el teatro Paramount, al lado del Centro de Convenciones. La delegación española, dirigida por la secretaria de Comercio, Elena Pisonero, quedó encerrada en su hotel y tuvo que replegarse a pisos superiores cuando los gases lacrimógenos de la policía asfixiaron las tres primeras plantas.

Al cierre de esta edición, varios miles de personas recorrían las calles de Seattle. Constituían una muchedumbre abigarrada, festiva y pacífica, aunque en las horas anteriores algunos grupos de jóvenes habían destrozado escaparates. Muy nerviosa y habiendo perdido el control de la situación, la policía disparó masivamente granadas lacrimógenas y detuvo a decenas de personas.

En un gesto considerado oportunista por las delegaciones europeas, Bill Clinton, el presidente de EE UU, que hoy tiene previsto hablar en la cumbre de la OMC, expresó en Washington su "viva simpatía" por las preocupaciones sobre medio ambiente y empleo de los manifestantes.

Los organizadores de la protesta, una alianza de organizaciones ecologistas y sindicalistas, han realizado una intensa campaña publicitaria, utilizando los instrumentos de comunicación de la mundialización: anuncios pagados en los diarios, entrevistas en televisión y difusión masiva y gratuita en Internet. Y han logrado presentar a la OMC como un instrumento de las grandes empresas que quieren pescar al precio de la vida de las tortugas, vender carne hormonada y productos trasgénicos y abrir factorías que exploten la mano de obra infantil en el Tercer Mundo.

En contra de la globalización se expresaban ayer desde los ecologistas del Sierra Club al ultra republicano Pat Buchanan, pasando por la central sindical AFL-CIO. Consiguieron hacer piña en las calles de Seattle mientras los partidarios de la globalización se dividían en un enfrentamiento duro y posiblemente insuperable entre Washington y la Unión Europea.

Una ciudad con carácter

La personalidad de la ciudad de Seattle explica también que se haya convertido en el escenario de la mayor protesta en Estados Unidos en los últimos cuatro años.

Si Seattle es la cuna de empresas multinacionales como el gigante de la aeronáutica Boeing, la empresa de software de Bill Gates, Microsoft, la librería virtual Amazon y la cadena de cafeterías Starbucks, también es una ciudad joven, abierta, multirracial, progresista.

Aquí nació el movimiento grunge, la apuesta juvenil por una forma de vestirse y comportarse tan desenfada que roza con el desaliño. Las escenas de enfrentamientos entre policías y manifestantes de ayer, insólitas últimamente en un Estados Unidos donde reina la prosperidad económica y una cierta tregua racial, fueron tanto una despedida del siglo XX como una aperitivo de los conflictos del siglo XXI.

En estos tiempos de la revolución digital y la comunicación a través de la red Internet, el libre comercio sigue levantando muchas ampollas entre los que se oponen al sistema establecido.

Los empresarios apoyan la reunión de incógnito por el clima de violencia

J. V., **Seattle**

Medio centenar de presidentes y directores generales de grandes empresas norteamericanas hicieron ayer acto de presencia en Seattle para expresar su apoyo a las ideas de libre comercio que promueve la OMC y su oposición a las protestas callejeras de los ecologistas y los sindicalistas.

Encabezaban la lista Bill Gates, de Microsoft, Phil Condit, de Boeing, y Jeff Bezos, de Amazon, los tres vecinos de Seattle. Y seguían los cabezas de empresas como Hewlett-Packard, Procter & Gamble y UPS. Pero el clima de violencia callejera reinante en Seattle, donde policías y manifestantes intercambiaban gases lacrimógenos contra *cócteles Molotov,* convirtió en casi clandestina la reunión de los empresarios, en un hotel próximo al Centro de Convenciones, escenario de la cumbre de la OMC.

La mayoría de ellos optaron incluso por no acudir en limusinas y vestidos con chaquetas y corbatas, sino a pie y con ropas informales. Y es que los reyes de la calle eran los manifestantes, entre los que destacaba la pintoresca presencia del líder campesino francés José Bové.

El francés, muy popular en determinados medios de EE UU por su oposición a McDonalds, se comió un gran trozo de queso roquefort frente a uno de esos establecimientos de hamburguesas rápidas situado en el centro de Seattle.

Decenas de cámaras de televisión registraron este gesto del personaje que fue encarcelado en su país por atacar con un tractor un establecimiento de McDonalds y cuya fianza fue pagada por granjeros norteamericanos que simpatizan con su causa.

Explotar mano de obra

Tras la acción simbólica de Bové, y sin relación de causa y efecto con ella, un grupo de jóvenes norteamericanos pasó a mayores e intentó destruir el establecimiento. Los comercios de McDonalds y el fabricante de prendas deportivas Nike, acusado de explotar mano de obra asiática, eran particularmente hostigados por los manifestantes y defendidos con vigor por las fuerzas especiales de la policía.

El disfraz más popular de los manifestantes era el de tortuga, una especie amenazada por una sentencia de la OMC contraria a limitar un tipo de pesca que la pone en peligro.

Predicando una protesta pacífica, los manifestantes que iban de tortuga discrepaban a gritos en mitad de las calles con los jóvenes enmascarados que deseaban violencia.